

CARTA PARA HABLAR DE LA VIDA ESPIRITUAL¹

Denis Huerre, OSB²

Algunos profesos jóvenes, monjes y monjas, expresan que esperan recibir algunas palabras de un anciano. Ésta sería una carta dirigida por ese anciano, “a ti, que buscas abrir tu corazón para crecer en la vida espiritual”.

Queridos hermanos y hermanas desconocidos,

Buscar, abrir, crecer. Estas palabras convienen perfectamente bien a los comienzos de la vida monástica, pero se aplican también a lo largo de toda esta vida. Ella será búsqueda sin fin, realización esperada, gracias a la apertura de todo el ser, digamos del corazón porque el corazón, aquí, significa todo el hombre que busca, se abre, crece.

Estas breves notas conciernen entonces a todo monje, aunque no sea ya muy joven.

Un lento devenir

Es necesario que el nuevo monje, habiendo sido prevenido sobre este punto, acepte ese lento devenir que es la vida monástica. *Buscar, abrirse, crecer:* estas palabras expresan claramente un movimiento, del que hablan algunos filósofos que dicen que la vida no es sino movimiento, *vita in motu*. Movimiento vital que

1 Artículo publicado en *Collectanea Cisterciensia* 77, 4, 2015, pp. 401-410, traducido al castellano por M. María Isabel Guiroy, osb, del Monasterio Nuestra Señora del Paraná, Argentina.

2 Abad emérito de la Abadía de *La Pierre-qui-Vire* (Francia), fallecido el 8 de marzo de 2016.

la *Regla* de san Benito, optimista, marca con otras dos palabras: *venir* y *llegar*³. El monje viene y llega, vive un lento y continuo devenir, deviene progresivamente lo que debe ser, finalmente es él mismo. Esto, que por otra parte es la esperanza de todo hombre, el monje cristiano lo vivirá *per ducatum Evangelii*, “bajo la guía del Evangelio” (*Prol* 21). En esa perspectiva, trataré de responder al deseo de ustedes, de una verdadera “vida espiritual”.

Venir

La *Regla* llama al candidato, *noviter veniens*: es un recién venido (*RB* 58,1). Del mismo modo que en el aula cuando comienzan las clases en otoño, como en la familia cuando hay un casamiento, como en la empresa, en el edificio, etc., el “nuevo” marca al conjunto que integra. Lo modifica en número, en su nivel cultural, en su evolución, mientras que él mismo, deseoso de integrarse, se experimenta modificado, incluso transformado. Al participar de la vida del grupo, se convierte en un nuevo y verdadero actor de la historia de su grupo. En este aspecto, la palabra *venir* fascina al bávaro Christoph Theobald, convertido en el P. Theobald del Centro Sèvres de París, al entrar en la provincia de Francia de la Compañía de Jesús. El Padre escribe: «Ese magnífico verbo “venir”, introduce una nota eminentemente concreta en el discurso (en el *Apocalipsis*): Dios traza un camino y circunscribe un espacio donde puede tener lugar un encuentro; viene incluso a golpear a la puerta⁴». El monje que golpea la puerta del monasterio, realiza también, siguiendo a Cristo, un acontecimiento: inaugura para sí y para el monasterio, algo nuevo.

Llegar

Atravesando lo que le *adviene* o lo que le *sobreviene*, es decir, los matices de los días, favorables o desfavorables, el recién venido *llega* a una *per-fección*. Estamos en el corazón del cristianismo y del monacato cristiano, tan diferente en este sentido del monacato budista. A partir de un origen, de una “creación”, la vida humana del cristiano es el desarrollo de una promesa para la realización de cada

3 En francés se da un juego de palabras entre *devenir*, *venir*, *parvenir*, que estamos obligados a traducir como *devenir*, *venir* y *llegar* o *alcanzar* (N.d.T.).

4 Christoph THEOBALD, *Présences d'Évangile I*, Paris, L'Atelier, 2003, p. 212.

uno y del conjunto del cual es miembro. Ya no se trata aquí de un movimiento cíclico donde el individuo puede tener nuevos comienzos sucesivos y diversos. Según la Biblia, cada humano tiene sobre la tierra una sola vida, no solamente la de un individuo, que sería una parte impersonal de un gran todo, sino la vida de una persona que, a su medida y en su lugar, contribuye con la historia de los hombres, Historia santa que no cesa de hacerse. Paul Ricoeur ya dice del recién nacido que, una vez convertido en adulto, “entra en puntas de pie en la conversación del mundo e interviene en ella, luego desaparece del mismo modo discreto, mientras que la conversación del mundo continúa”. Para la *Regla* también, el postulante viene solo para participar, al comienzo a su pesar, y luego claramente, en una aventura que, desarrollándose según el designio de Dios y con esa condición, le permitirá llegar. ¿A qué? Al *advenimiento* final de Cristo, dando fin a los múltiples *acontecimientos* terrestres.

Esta nota sobre algunas palabras, compuestas a partir del verbo *venir*, expresa la complejidad de una vida humana. Desde los obstáculos hasta las etapas más fáciles, ella se revela como poder y deber ser, finalmente, un recorrido feliz. Si buscamos una imagen de este recorrido ¿podría servirnos la del mismo Benito subiendo, como nos relata Gregorio Magno, a la cima del Monte Casino? Desde allí, contemplando el universo en su totalidad, ve la tierra convertida en un punto, minúsculo pero luminoso en la luz de Dios: el mundo reunido, transfigurado, unificado en Dios, por el amor. El modelo del cual Gregorio, para expresar su propia concepción de la vida mística, toma muchos detalles de su relato es conocido. Algunos autores griegos y latinos expresaban su visión cósmica del universo en términos que encontramos en unos y en otros (la hora intempestiva, la torre, la ventana, la esfera de fuego)⁵. Pero lo que era contemplación mística natural en estos autores que deseaban elevarse, por el poder de la inteligencia, a una idea justa del mundo y del hombre en el mundo, se convierte en Gregorio en contemplación sobrenatural: todo es visto en la luz de Dios. Más sobriamente, la *Regla* habla también de llegar a una cima (*Prol* 73), las *culmina*, las cumbres de doctrina y de virtudes alcanzadas por el monje desde esta tierra, si ha vivido en el *agapè*, el amor en el que todos están en comunión, Dios y los hombres.

5 Ver Pierre COURCELLE, “La vision cosmique de saint Benoît”, *Revue des Études Augustiniennes* 13 (1967), pp. 97-117.

Entre *venir* y *llegar*, la vida del monje es entonces un *devenir*, un camino, una subida, una ascensión, sin que sea necesario para ello abandonar la tierra. ¿Es esto tal vez una realización para el siglo XXI? Una *perfección*, dice san Benito, palabra que aparece una sola vez en la *Regla*, en el último capítulo. Para san Benito, sin el lirismo de Gregorio Magno, la perfección apunta únicamente a la verdad de una vida que, con la ayuda de Dios, se ha hecho realmente espiritual, sin haber dejado de ser nunca humana, terrenal. Porque el postulante podía desear, y tenía razón, la intimidad con Dios; pero no bien entra en el Monasterio, e incluso antes de entrar, se da cuenta, mientras tiene que esperar con paciencia en la puerta, de que no está de ninguna manera en éxtasis, sino en la tierra. Lo humano está ahí. Por lo tanto es necesario tomar conciencia cuidadosamente del justo precio de la tierra, si uno quiere conocer la intimidad de Dios. Es en la tierra donde se realiza la voluntad expresa de Dios de que los humanos, viviendo en la tierra, lo hagan sin un falso angelismo, ni un vano desprecio de lo terrestre, “en la tierra” pues, pero “como en el cielo”; podríamos decir, invirtiendo los dos términos: como en el cielo, Dios lo quiere, pero sobre la tierra, Dios lo ha querido. ¿Y cómo llegar a esto? Será largo, difícil, una lucha, un combate. ¿Imposible? Será posible, porque se trata de un combate espiritual, en el Espíritu. Se trata de la vida espiritual evangélica.

El precio de la tierra

Al salmodiar salmos y cánticos bíblicos, estamos acostumbrados a celebrar la creación –basta evocar el cántico de los tres jóvenes en el horno– pero no sin observar que en *Daniel* 3,56-81, se unen la alabanza de la creación y la acción de gracias de los hebreos liberados del peligro y capaces, gracias a Dios, de una resistencia que se puede llamar espiritual, que se alimenta y se realiza en la certeza de una resurrección para una vida nueva, que le da a la vida terrestre, incluyendo la muerte, la posibilidad de ser verdaderamente espiritual.

El precio de la tierra. Yo evocaba al budismo y a la vida en la pagoda. No sé nada de la vida cotidiana en la época de Buda. Recordemos solamente la confidencia de un monje budista de Seúl, luego de una estadía de dos años en *La Pierre-qui-Vire*: en la pagoda, decía, se reza, no se trabaja, se come poco, se puede dormir mucho. Tampoco conozco la vida cotidiana en el Lacio del tiempo de san Benito; su *Regla* no hace ninguna alusión a las invasiones de los godos, a la inseguridad de los caminos, a la miseria de las poblaciones. Sabemos solamente

que el monje de la *Regla* divide su tiempo entre oración y trabajo manual (que san Benito revalorizó), *lectio divina*, descanso, comidas, oración incesante, más trabajo y acogida a los que pasan por el monje, él también nómada sobre la tierra.

Aunque este monje cristiano sabe que es y quiere ser “ciudadano del cielo”, lo es estando todavía en la tierra, allí donde todo es trabajo y variación, pero donde todo debe vivirse en la admiración, el respeto de la creación de Dios. El lector de la *Regla* no puede más que observar el cuidado con el que Benito rodea todas las cosas, los útiles, los trabajos del campo o de la cocina, las condiciones del clima, los tiempos convenientes para la oración o las comidas, la salud de los cuerpos y sobre todo, influenciado en este punto capital por san Agustín, el cuidado de las personas. Una vida humana, en el mejor sentido, donde se dice algo del cielo.

Como se trata de la vida espiritual, deberíamos haber dicho que la vida humana es un (a menudo) largo devenir, y luego haber remarcado la importancia de lo terrestre, según lo que está subrayado desde el comienzo de la *RB*, en el capítulo 4. Entremos con este realismo en la misteriosa iniciación cristiana y monástica indispensable para buscar, para abrirse, para crecer y conocer, sin ilusiones, una auténtica “vida espiritual” cristiana; precisémoslo, porque conocemos los esfuerzos contemporáneos por vivir según una “espiritualidad laica” que, a pesar nuestro, nos impregna.

Iniciación

La iniciación se practica en las culturas primitivas. Luego de la educación que prepara a todo niño para la vida adulta, algunos hombres son iniciados en poderes extraordinarios que los convertirán en jefes, los gurús de siempre, que son temidos y que pueden resultar peligrosos, si no inhumanos. El recorrido iniciático, que el cristianismo retomó inmediatamente, se refiere a otra cosa: a la entrada por etapas en el Cuerpo de Cristo, no ya de algunos privilegiados, sino de todo ser humano. Por medio de los sacramentos de iniciación (bautismo, confirmación, eucaristía), la Iglesia incorpora a sus miembros, que ahora se llaman “cristianos”, luego “hermanos, hermanas”, y finalmente “santos”. La *Regla* supone esos sacramentos ya recibidos por el postulante, y éste, apenas es aceptado, entra en otra iniciación, que no es un nuevo bautismo, ni un adiestramiento, sino que es la adaptación de un seglar a una nueva vida –no reglamentada sino regulada por una *Regla*, que permite *buscar* siempre, *abrirse* cada vez más, *crecer* hasta

la medida de Cristo—, tal como Dios la quiere para cada ser humano y para su comunidad. Esta iniciación no tiene nada que ver con el carácter secreto de las iniciaciones practicadas por las sectas, antiguas o modernas. Supone ante todo la libertad del candidato, tan esencial que nos obliga a asegurarnos por medio de *escrutinios* sucesivos, reivindicados hoy en la práctica pastoral. Esta práctica es conocida por la *Regla*, que en los meses 2º, 8º, y 12º, prevé que se examine al candidato para asegurar esa libertad personal: “¿Quieres?”. Al postulante se le explica la importancia de una voluntad libre y sostenida, porque la riqueza del Misterio de Dios que nunca se agota, se revela solamente al que persevera buscándolo “verdaderamente” (*revera*, RB 58,7).

El Card. Martini, preocupado por esta iniciación progresiva, propone ver en la lectura y explicación sucesiva de los cuatro evangelios, un método que pudo ser el de la Iglesia primitiva, pero que sigue siendo eficaz, según asegura por haberlo practicado en Milán: los cuatro evangelios, uno tras otro, introducen a un catecúmeno en la revelación cristiana. Marcos le dice quién es Cristo; luego Mateo le presenta a la Iglesia en su estructura esencial; Lucas le descubre su misión universal; y Juan se refiere a la intimidad esponsal de la Iglesia con Dios.

Otro jesuita, el P. Theobald, ubicándose más concretamente en la situación crítica contemporánea, piensa que es “decisivo” (para la Iglesia) no abandonar la “postura de aprendizaje”⁶, de la que Cristo mismo dio ejemplo. Volveremos a esto, pero retengamos desde ahora esa “postura de aprendizaje”. Durante toda su vida, el monje es un discípulo que aprende, es decir, un aprendiz. Para san Benito, el monasterio es exactamente eso, el taller, la *oficina* (RB 4,78), donde se aprende el servicio del Señor.

Otro enfoque de la cuestión, que retomaron con gusto los teólogos cristianos de la vida mística, se refiere a la distinción griega entre los principiantes, los progresantes, los perfectos. Conocemos la oposición de Hans Urs von Balthasar a esta concepción de la vida cristiana, de la que, según él, nos liberó Teresa de Lisieux. En todo caso, la *Regla* no tiene nada de esto y como aquí me intereso en la iniciación del monje según la *Regla*, propongo partir del carácter particular de este escrito, redactado en un contexto antiarriano. Aquí tenemos un texto perfectamente trinitario, con la fuerte afirmación de la divinidad de Cristo,

6 Christoph THEOBALD, *Le christianisme comme style. Une manière de faire de la théologie en postmodernité*, Paris, Cerf, 2007, pp. 51 ss. (*Cogitatio fidei* 260).

rechazada por el sacerdote Arrio. Por lo tanto me parece preferible buscar en la *Regla* el papel de las tres personas divinas en la iniciación monástica, con la ventaja que nos ofrece ese análisis trinitario de abordar este proceso de aprendizaje, no a partir del hombre, de su deseo y de sus esfuerzos, sino a partir de Dios, en lo que san Ireneo llama la adaptación de Dios al hombre. Preguntémosnos entonces ¿qué hace el Padre, qué hace el Verbo encarnado, qué hace el Espíritu para que el hombre viva una vida realmente espiritual? Sin olvidar que los Tres están obrando, siempre y juntos, desde el comienzo hasta el fin de la vida del monje cristiano deseoso de buscar, abrirse y crecer.

Retomemos la palabra *iniciación*. Este verbo que proviene del latín *ire*, ir, tiene una historia gramatical interesante. A partir del infinitivo, tenemos el adjetivo *intus* (en desuso), su comparativo *interior* y el superlativo *intimus*, que en castellano se traducen como *interior* e *íntimo*. Estas palabras, utilizadas para toda casa humana, expresan también felizmente lo que es la casa de Dios, su morada entre los hombres y en cada hombre, el compartir durable de su vida íntima. Pero subrayemos de entrada lo siguiente: aunque Dios ha dado la vida al hombre sin pedirle su consentimiento (el hombre no existía), le pide, por el contrario, ese consentimiento cuando lo invita a compartir con Él su interioridad e intimidad. En esto una vez más, igual que en la creación, Dios tiene la iniciativa y manifiesta, en toda su magnificencia, su autoridad, es decir su capacidad única de permitir acceder a tal estado al hombre que él ha creado⁷. Autoridad soberana a tal punto que Él puede, sin disminuirla, aceptar esperar que “el señor pecador”, como dice Charles Péguy⁸, tenga a bien abrirse a su don gratuito. Dios no deja de llamar al hombre, y desde que el hombre lo escucha, abre cada vez más el corazón del oyente, lo modifica, lo agranda, se diría incluso que lo diviniza: su vida, totalmente humana, deviene una vida espiritual. Es la obra de la Santa Trinidad, el Padre que habla al hombre, el Hijo que viene a vivir con él y el Espíritu insinuándose en él.

7 *Auctor*, el autor, viene del verbo latino *augere*, lo mismo que *auctoritas*, la autoridad, etc. Remito a los trabajos actuales de los teólogos sobre la creación bíblica y su pertinencia.

8 Charles PÉGUY, *Le Porche du mystère de la deuxième vertu*, Paris, Gallimard, 1929, p. 146: “Es necesario que Él espere que el señor pecador se digne pensar un poco en su salvación”.

El actuar divino

1. Dios habla

Como un Padre (*RB, Prol.*, 1). Es curioso que se diga de Dios, de quien está prohibido hacer una imagen, ya que es inimaginable, que tiene un rostro. Sin embargo, el *Antiguo Testamento* no deja de evocar el Rostro de Dios, de esperar que finalmente se muestre, que brille. El Rostro de Dios, la Palabra de Dios: dos formas equivalentes de decir que Dios quiere estar en una relación personal con su creatura humana. “Escucha, dice san Benito al comienzo de su *Regla*: Dios te habla”.

Su palabra es eficaz, como una espada de doble filo⁹, y abre al hombre hasta lo más íntimo. Así, de entrada, el nuevo monje deberá conocer y sabrá reconocer esta Palabra de Dios, dejarse penetrar por ella; es para él la primera manera de acceder a la vida espiritual. El monje, que ha conocido esta Palabra de Dios desde los primeros días de su vida en el monasterio, podrá, en consecuencia, “profesar” su eficacia el día de su compromiso. ¿Qué dice luego de la firma de su carta? Utilizando el término técnico del reconocimiento legal del recién nacido por su padre, que lo toma, lo levanta (*suscipere*, tomar, recoger), el monje pide a Dios que haga ese mismo gesto con él: *suscipe me*, tómame, reconóceme como tu hijo, y viviré como hijo, “según tu Palabra”, según él lo precisa. La Palabra de Dios, escuchada continuamente en la liturgia, leída y meditada en la larga *lectio divina* cotidiana, será en él como su alma. La apertura del corazón, verdadera “operación” espiritual, es la obra de Dios –*opus Dei*, decía san Basilio–, su obra continua, nunca terminada, hasta tal punto la Palabra de Dios descubre, desvela sin fin su riqueza. La Palabra de Dios, en efecto, “crece” con sus lectores, *crescit*, según Gregorio Magno. El lector monje, siguiendo a Cristo que habla a los Peregrinos de Emaús, comprende, interpreta cada vez mejor los textos sagrados. No vale la pena desarrollar aquí la conexión entre “vida espiritual” y “lectura espiritual”. Una no va sin la otra, y para el monje, nómade continuo, la lectura y la audición solamente cesarán en el cara a cara esperado con Dios. Entonces ya no se tratará de “teo-logía”, de libros, de conferencias, de cursos, sino de lo que podemos llamar una bella y eterna “*teo-scopía*”: el intercambio de miradas de suprema dilección entre Dios y el hombre. Esperando esa hora, y siendo siempre

inquietos buscadores de Dios, no estamos más, gracias a Dios, en la puerta sino en el interior de su casa. Gracias a Cristo y en el Espíritu.

2. Cristo el iniciador

*Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros*¹⁰. Dios vino a la tierra para salvarla, salvando al hombre, cohabitando con él. Jesús, Verbo de Dios, hecho carne, una vez que salió de un largo silencio de treinta años, no dejará de ser el Verbo, la Palabra viviente de Dios. La palabra de Jesús, como se ha dicho de la Palabra de Dios, también divide, también es una espada, separa (*Mt 10,34*), no para destruir la vida sino para transformarla. Hace vivir siempre la vida humana sobre la tierra, pero de una forma distinta de ahora en más. El P. Valadier dice que es “revolucionaria” esa palabra de Jesús durante su proceso: “*Mi reino no es de este mundo*”¹¹. Es el resumen del trabajo que espera al creyente que se compromete a seguirlo.

¿Cómo debe vivir el monje ese seguimiento? Benito lo sugiere: erradicando el vicio de la propiedad, odiando su voluntad propia, dejándolo todo. ¿Siendo tenido por nada, como se dice en *RB 7,51*? Benito resume: prefiriendo a Cristo, que quiere que el monje viva totalmente el Misterio pascual. El monje cristiano ha aceptado esto y lo ha querido cuando hizo la profesión según una *Regla*, la *Regla de san Benito*, enteramente centrada en ese Misterio del que todo dependerá, hasta ver precisadas, en función de él, incluso las horas y la composición de las comidas, lo elemental humano, y por eso, tanto como lo esencial, el deseo de servir a Dios en todo.

Jesús es el iniciador de esto, y lo fue por haber sido él mismo iniciado, según *Hebreos*, capítulos 2-5: “*Aprendió la obediencia por lo que sufrió*” (5,9). Y también el *Apocalipsis* 1,1: “*Revelación de Jesucristo, que le fue confiada por Dios*” para que la transmita a sus discípulos y por medio de ellos al mundo. Sin olvidar *Filipenses* 2,8: “*haciéndose obediente*” en su “postura de aprendizaje”, que según el P. Theobald es aquella, fundamental, de Jesús, y debe seguir siendo la del discípulo de Jesús. Y esto por una “necesidad interna” del cristianismo. Encuentro especialmente felices las páginas de Theobald sobre la hospitalidad de

10 *Jn 1,14*.

11 *Jn 18,36*.

Cristo, llevada hasta su desasimiento de sí total, que nos deja estupefactos y nos pide preferirlo a todo. Probamos esta preferencia por el estudio, ciertamente, para comprender mejor su humanidad, pero sobre todo y en primer lugar por nuestra vida, en particular trazando sobre nosotros el signo de la cruz, a menudo y a veces muy lentamente.

3. *El Espíritu de intimidad*

La *Regla* no entra en la categoría de los libros de teología mística; es simplemente, repetámoslo, el libro del Misterio pascual vivido en lo cotidiano en la tierra. En ella nunca se habla de éxtasis, en sentido técnico, sino, y esto ya lo dice todo, de adhesión de la voluntad humana a la voluntad divina. Porque la voluntad aquí es sinónimo de deseo espiritual y es *adhesión* del corazón a Dios, ya que ha habido en ese corazón, “*inhesión*” del Espíritu, según Guillermo de Saint-Thierry¹². Me parece que Guillermo de Saint-Thierry debiera ser llamado el doctor del Espíritu Santo, que, dice él, se insinúa en lo más profundo del ser humano, *insinuans sibi et nobis*. ¿Y qué hace allí, sino lo que hace en el seno mismo de la Trinidad? Siendo el vínculo personal del amor del Padre y del Hijo, viene al hombre a respirar su amor, exactamente lo que significa su nombre: es sopro, es el “Santo Respiro” mutuo del Padre y del Hijo. Guillermo, comentando *Romanos* 8, más sobriamente que san Juan de la Cruz (*Cántico espiritual*, estrofas 38 y 39) y que san Francisco de Sales, dice que el cristiano respira a Dios. Su vida se ha hecho espiritual, en y por el Espíritu del Padre y del Hijo. En medio mismo de los gemidos del cosmos y del hombre, está el gemido del Espíritu, que permite al hombre llamar a Dios por su nombre: ¡Padre!

La *lectio divina* nos hacía escuchar al Padre, el signo de la cruz nos conducía a Cristo; el silencio, el recogimiento profundo, nos ayudan a vivir esa respiración divina, a respirar como respira Dios, que hace en nosotros lo que Él es, el Amor. Por eso la capacidad del cristiano, cuando se recoge, de acoger más conscientemente al otro que viene, a Dios, y, gracias a Él, de acoger a cualquier huésped que venga, sobre todo si es pobre, como dice la *Regla* (53,16).

12 Ver Jacques DELESALLE, «“L’inhésion” à Dieu. Un langage de l’union à Dieu dans le traité *Nature et dignité de l’amour* de Guillaume de Saint-Thierry», *Collectanea Cisterciensia* 71 (2009), pp. 300-314.

Vivir juntos

¿Debemos detener aquí esta carta dirigida “a ti que buscas abrir tu corazón para crecer en la vida espiritual”, o buscar aclarar mejor las dificultades que el joven monje (monja) podría encontrar en el contexto actual de la “vida en la tierra”, si quiere entregarse totalmente a Dios? Pero son las dificultades de siempre, y la *Regla*, me parece, nos propone una solución que será también la de siempre: la estabilidad del monje en una comunidad, un conjunto (“entre semejantes”) donde cada uno es diferente de los demás, pero que solamente puede serlo si se da a los demás. Esto está perfectamente expresado en el nombre que llevará el discípulo de san Benito: será monje cenobita, es decir, el hombre de una hermosa soledad (monje, del griego *monos*), vivida en y gracias a ese cuerpo de Cristo que es esta comunidad: será cenobita (los *bios* y *koinos* griegos, traducidos en español como *vida en común*). Vida cristiana, a imagen de la vida común de las tres Personas, donde cada una es ella misma en el don de sí a las otras dos.

Venir, llegar (parvenir), decíamos sobre la vida monástica. Para ser fieles a san Benito, debemos agregar un última palabra: *convenir*, venir juntos, para vivir juntos, según la voluntad de Dios que es la de unir a todos los humanos de todas las razas, de todos los tiempos, en un solo cuerpo. Hacer un cuerpo, atrevámonos a decir: hacer el convento. Todos habrán convenido, habrán hecho la “convención” de vivir unidos no prefiriendo nada a Cristo, a fin de que Dios sea todo en todos.

Dicho esto, ahora nos queda practicarlo, ya sea que seamos jóvenes – monjes o monjas– o ya ancianos. ¡Mucho coraje a todos!

La Pierre-qui-Vire, 18 de noviembre de 2010 y noviembre de 2015

*Abbaye Sainte Marie de la Pierre-qui-Vire
F-89630 ST. LÉGER VAUBAN
FRANCIA*